

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Peronistas disponibles. En torno a las estrategias discursivas de integración de la revista Qué en el período 1956-1958.

Olga María Marchelli.

Cita:

Olga María Marchelli (2005). *Peronistas disponibles. En torno a las estrategias discursivas de integración de la revista Qué en el período 1956-1958. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/324>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

X1 JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005

Título: "Peronistas disponibles. En torno a las estrategias discursivas de integración de la revista *Qué* en el período 1956-1958"

Mesa Temática: 34, Representaciones de la vida pública y privada: medios, cultura y poder

Pertenencia institucional: UBACYT

Autora: Olga Marchelli

Correo electrónico: olgamarchelli@fullzero.com.ar

Introducción

Muchos relatos contemporáneos al derrocamiento de Perón, entre ellos el de Bonifacio del Carril, señalan que el golpe fue realizado por un conjunto de fuerzas heterogéneas, sin un contenido ideológico preciso ni la jefatura de un hombre, sin otro acuerdo firme que derrocar al dictador. Lonardi se constituyó así en el autor de la revolución y no en su jefe. En días posteriores al golpe, la revolución debió definir su orientación y desarrollar políticas en medio de las presiones de grupos rivales (Del Carril, p. 51-67). El proyecto dirigido por los nacionalistas católicos, implementado en el breve gobierno de Lonardi, fue resistido por otros sectores de las Fuerzas Armadas que apuntaban a impedir la participación de las masas peronistas, y reclamaban una reparación moral y la depuración total de elementos peronistas en el ejército, en los sindicatos y en los organismos del estado. Esta versión antiperonista extrema (Aramburu, Rojas) monopolizó, tras la renuncia de Lonardi, la dirección del proceso político. El gobierno de Aramburu abandonó la pretensión de construir un poder arbitral -el proyecto de Lonardi-, para desplegar la coerción como estrategia dominante contra el peronismo (Spinelli, p. 15).

En el período 1956-1957, el campo político-cultural integracionista fue constituyéndose como eje organizador de una política de convergencia nacional. La revista *Qué ocurrió en siete días*¹ fue uno de los medios principales de esta articulación, punto de encuentro y dirección ideológica del movimiento. El proyecto político frigerista intentó ubicarse entre el

¹ El 6 de enero de 1956 se reunieron Rogelio Frigerio y Arturo Frondizi. Ambos acordaron que Frondizi reorientaría al radicalismo -marcadamente antiperonista-, hacia un movimiento nacional, y Frigerio se encargaría de la elaboración programática y de establecer contacto con las distintas vertientes de ese movimiento nacional, desde la dirección de la revista *Qué*, que asumió a partir del N° 72, el 29 de febrero de 1956 (Díaz, p. 32).

liberalismo económico y el retorno al populismo. Desde luego, nos referimos a un sector que apoyó el derrocamiento de Perón y, además, aceptó las reglas del juego político desplegado por la Revolución Libertadora, en el contexto de la proscripción del peronismo.²

Nuestro interés se centra en la estrategia de *Qué* para lograr la adhesión de la base peronista, y en la metamorfosis discursiva y formal que sufre al pasar de ser un órgano presuntamente independiente y objetivo, ubicado entre las posturas revanchistas del antiperonismo y las acciones sectarias y retornistas de la resistencia, a ser un instrumento en la construcción del liderazgo frentista.

El discurso de la revista no puede ser abordado, exclusivamente, desde la lógica del campo intelectual. Al constituirse en herramienta de acción política, adquiere una racionalidad específica. La revista se constituye como empresa colectiva de ideas integracionistas, que articula los matices ideológicos existentes entre sus colaboradores, y su aspiración a servir en la conformación de una opción de poder. Esta pretensión estructura su funcionamiento: una posición doctrinaria en sus notas editoriales, elaborada por Frigerio, señala el tono general de la revista, mientras que los colaboradores se expresan, con cierta autonomía, en las cuestiones de actualidad política (Díaz, p. 27). Algunos aspectos referidos a la unidad parecen reafirmarse en la coherencia temática y en aspectos formales. Tales son el anonimato en la mayoría de los artículos, o la atribución de títulos por parte del personal permanente de la revista.

La formulación de un programa se combina, paulatinamente, con el proceso de diferenciación respecto a la Libertadora, y la búsqueda de una base electoral peronista, considerada en disponibilidad. Dentro de una recurrencia temática que incluye la apelación a los partidarios peronistas, el ataque al librecambio oficial y la defensa del proteccionismo industrial, se pueden analizar tres momentos en la dinámica de la revista. Un *espejo de opiniones divergentes*, modalidad discursiva que prevalece hasta febrero de 1956, en actitud expectante frente a la Libertadora. Luego, el despliegue del integracionismo, combinado con el encumbramiento de la figura de Frondizi, las reivindicaciones democráticas y el enfoque nacional, hasta fines de 1956, y finalmente, un tono más *populista* y la adopción de un lenguaje beligerante frente al avance de los grupos oligárquicos en el

² La revista interpretaba la caída de Perón como una necesidad nacional para poner fin al absolutismo político, restaurar las garantías individuales, restablecer la libertad de prensa, eliminar la corrupción administrativa y desmontar un sistema policial que provenía de 1930 (*Qué*, 18/9/56).

gobierno de las Fuerzas Armadas.

La Revolución Libertadora: de los derechos a los excesos

Los primeros números de *Qué*, reaparecida en noviembre de 1955, a poco de la llegada al gobierno del ala golpista liberal, tuvieron un tono cauteloso en torno al rumbo político y económico, todavía incierto, de la Libertadora.

Inicialmente, la publicación se organizó alrededor del reconocimiento objetivo de la realidad social y la imparcialidad ideológica, en la búsqueda de un lector independiente e informado.³

En este clima, la revista daba cuenta de algunas cuestiones sin pronunciarse políticamente, o haciéndolo tardíamente. La disolución del Partido Peronista, la prohibición al peronismo de reestructurarse bajo otros nombres o formas, la intervención en los sindicatos y en la CGT, podían ser admitidas, en los primeros tiempos, como un derecho de la Revolución para terminar con tendencias antidemocráticas.

Poco después del golpe, políticos y economistas discutían en torno a los trabajos elaborados por el asesor económico-financiero del Gobierno Provisional, Raúl Prebisch, director de la CEPAL. Había un asenso básico, en los grupos dirigentes, en cuanto a que Argentina atravesaba una crisis de desarrollo, y necesitaba aumentar la productividad. Las divergencias surgían alrededor de la índole de la crisis, sus causas y los medios para solucionarla.

Inicialmente la revista compartió algunos aspectos del diagnóstico económico de Prebisch (la descapitalización y el endeudamiento dejados por el régimen depuesto), aunque intentó diferenciarse, a la vez, de la política económica del peronismo y de la política de la Libertadora. Inició un largo debate contra lo que se conocía como Plan Prebisch. Con ese fin, introdujo en sus páginas, en enero de 1956, la polémica con Jauretche y su libro *El plan Prebisch. Retorno al coloniaje*, de gran consumo en las filas del peronismo proscrito, pero también reprodujo las encendidas disputas, habidas en la Junta Consultiva, sobre las

³ Como muestras de imparcialidad, la revista presentaba opiniones divergentes de obreros, financistas liberales y dirigentes políticos. Además, aparecía un reportaje a Aramburu, el primero concedido a un medio, y el rechazo a la clausura de la revista peronista *De frente*.

sugerencias económicas del asesor gubernamental.⁴

A pesar de las opiniones adversas de *Qué* sobre la mejora económica en tiempos del peronismo, tesis que defendía Jauretche, la inclusión del escritor servía, en esta ocasión, para traer la polémica de *‘La calle’*, y no de los cenáculos académicos. Pues las primeras críticas al plan iban dirigidas a la procedencia del proyecto y a sus gestores. *‘A (Es un plan prefabricado! Lo tienen ya hecho en la CEPAL, y se lo encajan a todo país latinoamericano que lo pida. Todos los planes son iguales’* (*Qué*, 7/12/55). Esta frase, supuestamente dicha en la calle y desde la calle, cerraba la nota sobre una mesa redonda, en torno al plan, entre académicos y políticos en la Facultad de Ciencias Económicas.

La leyenda negra del peronismo también se desplegaba en las páginas de *Qué* para mostrar, en febrero de 1956, a un Perón corrupto, filo-nazi y cobarde. *Qué* hablaba del ex presidente con hostilidad, pero sin apelar a los epítetos antiperonistas. Además, a diferencia del sector más intemperante, la revista lo hacía en el marco de una discusión de conceptos de Perón sobre su gobierno, según una copia parcial de *La fuerza es el derecho de las bestias*, obtenida por Frigerio (*Qué*, 8/2/56). Los cuestionamientos se centraban en el enriquecimiento personal del líder y de sus dirigentes, y su escaso espíritu de lucha, demostrado en que la pelea había estado a cargo de otros, en los momentos decisivos de génesis y caída del movimiento. Perón *‘Asembró el odio y la muerte en la gran familia argentina’*, y lo continuaba haciendo luego del golpe, dirigiendo y financiando el trabajo de los comandos peronistas que conspiraban, desde Chile, contra el Gobierno Provisional. El libro ignoraba, además, por conveniencia personal, la pasada enemistad de Perón con Estados Unidos y, más aún, su oculta amistad posterior.

No eran el desarrollo industrial ni las nacionalizaciones los aspectos criticables del régimen, sino el pago excesivo de las nacionalizaciones, sobre todo los ferrocarriles, el despilfarro de las reservas monetarias, en parte por préstamos a políticos y pseudoindustriales, la complicidad en escandalosos negociados, el desequilibrio económico por no fomentar, junto con la industria, también el agro y, muy especialmente, el contrato con la Standard Oil, calificado como la mayor concesión al extranjero.

Buenos y malos peronistas

⁴ La polémica Jauretche-*Qué* en el N^o 65, 11/1/56. Los debates en la Junta Consultiva, en el N^o 67, 25/1/56 y N^o 68, 1/2/56.

La unidad del antiperonismo se mantuvo, inicialmente, bajo la bandera de la democracia, contra el carácter dictatorial y totalitario del régimen peronista (Cavarozzi, p. 15). Los puntos de consenso eran la disolución del Partido Peronista y el impedimento del retorno de Perón, el saneamiento de los organismos oficiales y la inhabilitación de funcionarios por delitos económicos.

Sin embargo, el frente antiperonista no era ideológicamente homogéneo. Había divergencias en cuanto a la estrategia de desperonización. Una línea, más conciliadora, propiciaba la asimilación de los partidarios del peronismo al sistema político. La otra, más extrema, postulaba que el peronismo llegaría a ser sólo «una conmoción periférica», y que la actividad del país recobraría «su ritmo normal» si la reconstrucción se hacía junto con una purificación total (Martínez Estrada, p. 66).

En el intento de superar el esquema peronismo-antiperonismo, simplista e inadecuado, y situar la antinomia como un proceso transitorio, la revista entabló un puente de comunicación con ambos. Se advierte su distanciamiento creciente de un lector antiperonista irreflexivo, que ni siquiera era capaz de admitir la marcha inexorable del curso histórico (la realidad de Perón y el peronismo), que descartaba a otros sólo por ser peronistas. El antiperonismo quedaba encuadrado, según *Qué*, en un retardatario liberalismo económico y una oposición indiscriminada al dirigismo estatal, y en lo político, en un continuismo suicida.

El diálogo era, en cambio, más fluido con los peronistas fervientemente argentinos y leales a su líder, los «Juan Pérez», y con dirigentes gremiales que no tenían resentimiento ni espíritu de revancha, que no promovían el retorno de Perón, su régimen, sus jefes y jerarcas prepotentes, y se oponían a las acciones de sabotaje y a la Resistencia. Alejados de los teóricos de la lucha de clases, tampoco deseaban la destrucción del capital.

La reflexión sobre las diferentes maneras de ser peronistas, aunada a las consideraciones sobre la posibilidad superadora, de muchos de ellos, de anteponer su carácter de argentinos y los altos intereses nacionales a su inclinación partidaria, hizo escribir al director de la revista: «Qué es lo que no ocurre cuando se pretende herir a la Patria por la espalda, con la solapada técnica de una traición, vestida con las prestadas ropas del sabotaje organizado en las actividades del trabajo, donde Argentina basa su grandeza y pone la cifra de su porvenir mejor. Juan Pérez no lo ignora. Por eso ahora, sin abandonar su línea política, habla con acentos de Patria y de futuro [...] para fustigar y combatir a quienes intentan traicionar a la Argentina y, con ello, al propio Juan Pérez y a sus hijos» (*Qué*, 15/2/56).

El pueblo necesita un programa nacional

A lo largo de 1956, el modelo desarrollista enfatiza puntos de contacto con el peronismo y rupturas con la Libertadora. La crítica al régimen peronista y al propio Perón quedó relegada en las páginas de *Qué*, frente a la crítica virulenta que, desde junio de ese año, fue dirigida a la política de la Libertadora. Pues mientras el peronismo planteaba una cuestión ética, la Libertadora no sólo significaba el quiebre de la moral privada y pública, sino algo más grave y peligroso: la cuestión nacional. Del dinero mal habido en anteriores negociados, se pasaba a una situación de despojo de la Nación, a favor del extranjero. Matar una industria, o la libertad de prensa, era aún más grave que haber cometido un ilícito para dar nacimiento a la industria. La actividad conspiradora de Perón, antes cuestionada, ahora se convertía en un mito. Así, en pocos meses, las persecuciones contra el peronismo, de un derecho revolucionario, pasaron a ser un exceso, en el marco de la represión a la expresión partidaria de un sector de la ciudadanía, o como un arma de revancha.

La insurrección del general Valle, en junio de 1956, mostraba la continuación de conatos de resistencia y, por lo tanto, otro fracaso de la política de perseguir y eliminar al peronismo. Ya se habían creado víctimas y enemigos, y a partir de este hecho surgirían mártires.

La pugna con el antiperonismo podía invocar, a su favor, la idea de que el peronismo había contenido aspectos negativos y positivos. El proyecto peronista había fracasado, atrapado en una estrategia de redistribución del ingreso a favor de los asalariados, sin un proceso de acumulación de capital, el impulso de industrias de base y nuevas tecnologías. Uno de los pecados capitales de la grandilocuente e insustancial política económica peronista, fue haber sepultado el sueño de la creación de una industria pesada. De todos modos, el peronismo había sido un tiempo de realidades y proyectos (Salto Grande, San Nicolás), ni siquiera semejante a la presente letanía.

Se condenaba la política sindical peronista por su dirigismo estatal y el personalismo en la acción de los sindicatos y la elección de dirigentes, pero no por el modelo de conciliación entre capital y trabajo, la agremiación obligatoria, la central obrera única, un sindicato por industria, y la formación e institucionalización de un poderoso movimiento obrero (con dirigentes criollos y de ideología nacional).

Podía haber una convergencia en la defensa de la industrialización y de los intereses de la patria, por encima de los sectores, y el restablecimiento de la Constitución de 1949.

Qué realizaba así lo que la Libertadora no era capaz de hacer: diferenciar la doctrina nacional que el peronismo encarnaba, del peronismo como expresión política, y pensar el fenómeno en función de la persistencia de su base social, por sobre la ausencia de su líder.

La cuestión de la justicia social separaba a peronistas y frigeristas. Para éstos, estaba supeditada al proceso de expansión del capitalismo nacional, y distanciada de fórmulas económicas populistas o monetaristas. Se comprometían a fundar un orden cierto que no se deje arrastrar por la vocación demagógica de querer dividir los bienes antes de producirlos, ni por la consigna reaccionaria de provocar desocupaciones esporádicas para realinear la economía.⁵ En los países insuficientemente desarrollados, la política redistributiva del ingreso vendría de la mano de un aumento de la productividad. La revista identificaba la democracia con la posibilidad de que el pueblo generara riqueza, y no hablara de redistribución.

Desde abril de ese año, algunos lectores advirtieron una transformación discursiva, acompañada por el abandono de la objetividad. Cuestionaban el apoyo a la Ley Sáenz Peña, el presidencialismo, la promoción de Frondizi, o un silencio complaciente con el régimen peronista. El cambio, según explicó *Qué* más adelante, se debía a la tarea superior emprendida: la construcción de la nacionalidad, pues la verdadera consigna era *Contra la Nación o en defensa de ella*. Y estando en esta última actitud poco importa [...] el aliado que se coloca en la misma trincheras. (*Qué*, 14/5/57). El título de las notas editoriales fue variando paulatinamente. La sección se iniciaba con *Al lector*, *Cartas al lector* o *Carta al lector* hasta mediados de 1957. Desde esta fecha, ya no estaban dirigidas, ni las firmaba el director, borrando con ello las marcas periodísticas, para adquirir el carácter de consignas.

En general, se coincidía en que el apoyo de las mayorías populares a Perón había sido efecto de la coerción y el engaño. La depuración total o parcial de peronistas debía considerarse, según *Qué*, no sólo con criterios de pertinencia ética sino, además, de conveniencia económica. Para la revista, muchos peronistas no eran culpables, pues sólo fueron engañados en la promesa de una Argentina más justa. Haber tenido esperanzas, haber deseado un país mejor, era una apreciable ingenuidad, y no un delito. El Gobierno de la Revolución, en cambio, no hacía distinciones. Se castigaba tanto al bandido como al pobre engañado: A) Se ha pensado, al respecto, cuántos rencores suscita cada cesantía injusta,

⁵ *Agitación obrera y pleitos políticos* (*Qué*, 29/5/56); *Lo primero es integrar nuestro ser nacional* (íd., 3/12/56).

cada detención arbitraria?@ (Qué, 3/7/56). Hacer ilimitado el alcance de la adhesión al régimen depuesto significaba, para Qué, una política contraria a cualquier modelo futuro de desarrollo, pues muchos prestigiosos técnicos abandonaron instituciones como YPF, debido al revanchismo que limpió de peronistas la repartición. La medida más razonable sería separar a quienes decidieron los planes antinacionales, pero no a los que tuvieron responsabilidades secundarias. Por su parte, la investigación sobre la procedencia de capitales peronistas en las industrias había trabado la actividad productiva de muchas empresas.

Qué postulaba que la acción depuradora debería atender a los casos delictivos. Éstos y la interdicción de empresas debían canalizarse en un proceso jurídico. Por otro lado, la tarea podría ser completada en el marco de las prácticas democráticas, y no necesariamente por la Libertadora.

La clase trabajadora, aunque orientada a la pacificación, asumía actitudes de resistencia y de indiferencia a los actos convocados por los partidos políticos. Pero estos problemas eran provocados desde el Gobierno, por la lentitud de los convenios y las inhabilitaciones de grandes cantidades de dirigentes sindicales. Qué se manifestaba en contra de la corriente inflexible, expresada en el Gobierno, de promover y prolongar las inhabilitaciones a dirigentes políticos, empresariales y sindicales del régimen depuesto, y en contra de las torturas a los presos políticos. Se había aplicado un erróneo proceso de traición a la patria y presunta asociación ilícita a gran número de legisladores peronistas, que habían votado la ley de estado de guerra interno y el plan quinquenal. Además, se implementaba un criterio clasista en la atenuación del delito. Muchos legisladores, políticos o universitarios habían sido liberados, pues se consideraba que habrían obrado coaccionados o engañados, no así en el caso de legisladores obreros que seguían presos. Frente a la aplicación de indultos parciales, la revista impulsaba una amnistía amplia y la reconciliación nacional, Aque no sería más que el cumplimiento de la paz pactada al triunfar la revolución@ (Qué, 23/10/56).

Los numerosos artículos sobre la destrucción del movimiento obrero organizado, sobre la devolución a sus propios afiliados del manejo de las organizaciones, la defensa de la afiliación obligatoria y la pronta convocatoria de convenios colectivos de trabajo generaban también un puente con el movimiento obrero peronista.

A fines de 1956 se solicitaba una navidad sin presos políticos, el levantamiento del estado de sitio y el fin de las inhabilitaciones de ciudadanos y partidos. Lo que incluía el

reconocimiento al Partido Peronista y a los @dos millones de muertos políticos@ excluidos del padrón, aunque no el retorno de Perón.

A un año de los fusilamientos, la revista reivindicaba la figura de Valle, portador de un programa que contenía en su ideario el progreso técnico e industrial. Asimismo, el propósito intimidatorio de la oligarquía no había dado resultados, ya que el pueblo permanecía firme en sus consignas de defensa de la soberanía, la justicia social y la liberación económica (*Qué*, 4 y 11/6/57).

La inclusión en *Qué*, con artículos firmados, de Scalabrini Ortiz desde julio de 1956, y de Arturo Jauretche desde junio de 1957, significó incluir a dos pensadores que venían de un peronismo crítico, y que podrían establecer un puente más directo con el electorado peronista.

Estos escritores, alejados del academicismo, ya habían conseguido ocupar una posición en el campo intelectual. Sus libros habían tenido una recepción masiva. En el plano de las ideas habían sido críticos tempranos del Informe Prebisch: Scalabrini Ortiz, desde las páginas de *El líder* y luego Jauretche, desde *El 45*, invitando a Prebisch a polemizar. Sostenían que el golpe había sido promovido y apoyado por el imperialismo británico, y que la Libertadora era el retorno al coloniaje, relegado durante el peronismo. Ambos autores habían defendido, en el momento del golpe, las banderas populares del peronismo y aún lo continuaban haciendo. Pero, para entonces, se reconocían hombres sin partido.

En *Qué*, las notas de Scalabrini Ortiz continuaban su postura antibritánica y defensora de la política económica peronista, mientras que la línea editorial de la revista encuadraba el debate en la coyuntura contemporánea, orientada contradictoriamente al librecambio, y en la puja entre los sectores exportadores y los sectores industrialistas, en el contexto de deterioro de la empresa nacional.

El debate político ha ganado la calle. El turno del pueblo

La edición de emergencia del 11 de diciembre de 1956, que fue víctima del secuestro policial y del inicio de los cinco procesos a Frigerio, inauguraba una modalidad opositora centrada en la dicotomía oligarquía - pueblo. El pueblo era entendido como un sólido bloque mayoritario que necesariamente debería derrotar a la oligarquía. La denuncia del desprecio constante de *Alas minorías que se turnan en el poder@* por el pueblo evidenciaba una continuidad con el peronismo. Lo que en 1946 había sido el *Aluvi3n zool3gicoA*, en 1957 era la *Agleba electoral@*.

A partir de este número, los integracionistas se ubicaban en la franja de los «electoralistas apresurados», y como los nuevos enemigos de la Libertadora, junto con peronistas, nacionalistas y comunistas. También en esa fecha surgió la sección firmada por «El demagogo», en respuesta a los ataques del Presidente Provisional.⁶ El imaginario personaje, un caudillo popular que le escribía al director de la revista, jugaba en el mismo terreno de proscripción de las palabras de la Libertadora. Servía, no sólo para formular el ideario desarrollista, sino para asociarlo con el inmediato pasado peronista y el presente frondizista.

Qué continuó la táctica de atraer a las masas en el transcurso de 1957. La operación discursiva consistió en separar al líder de sus realizaciones nacionales, y a los jefes peronistas del pueblo, para luego aislar a éste de los sectores de la resistencia. El votante peronista no era una masa indiferenciada. Lo constituían, por lo menos, dos grupos. Una franja de la población, independiente de los partidos políticos, en el pasado eligió el programa nacional del peronismo. Después celebró el triunfo de la Libertadora, para sentirse luego desilusionada con ambos procesos. Otro sector seguía siendo fiel peronista y, en silencio, se negaba a tratar con conductores impuestos.

La lucha por la unidad nacional tenía un enemigo principal, el externo, y elementos internos: la oligarquía y los gorilas. Los sectores básicos para la realización de un programa nacional eran los resortes de la continuidad de la Nación: las Fuerzas Armadas, el movimiento obrero, los empresarios y el pueblo. Se rechazaban las antinomias engañosas y reaccionarias, aunque con apariencia progresista: obreros - patronos, demócratas - totalitarios, religiosos - laicos, izquierdas - derechas, libertad - nazismo (*Qué*, 11/9/56).

El sentido de lo nacional se conjugaba con lo popular (*Qué*, 18/12/56). Pero la unidad con el pueblo no iría ni por el camino peronista del paternalismo demagógico, ni por el paternalismo ilustrado de la Libertadora. Estaba sustentado en la participación política y gremial de los sectores populares, necesaria para los planes desarrollistas. *Qué* atacaba la política oficial, que convertía en parias civiles a la mitad de la población. Depositaba la confianza en esta parte de la población, los «Acabecitas negras», «A los grasas», y no en los políticos minoritarios, pues los primeros serían el único obstáculo a la entrega extranjera y a

⁶ En un discurso, Aramburu hace referencia a los aspirantes a conductores del pueblo de ayer y de hoy, muy preocupados en captar y agradar a las masas con la promesa de un futuro inmediato brillante, que dan primacía de los planteos económicos. «Trabajo y disciplina son armas efectivas de lucha», *La Nación*, 30/11/56, p. 1.

los intereses oligárquicos (*Qué*, 30/4/57).

La revista fue avanzando en la idea de que la desastrosa situación económica no provenía del gobierno depuesto, sino de los asesores económicos del Gobierno Provisional. Tampoco había existido, durante el peronismo, la más aguda crisis de la historia, como argumentaba Prebisch. La perspectiva de crisis económica no era heredada, sino creada deliberadamente a partir de 1955. El desprecio por la capacidad de la inteligencia argentina (el gobierno se apoyaba en técnicos de CEPAL, FAO, etc.), y la elección de asesores y colaboradores de las grandes empresas extranjeras eran aspectos condenados. Son especialmente significativas las cuestiones que centran el interés de la revista de abril a junio de 1957, referidas a la entrega del petróleo, el negociado de las carnes, la inflación y la falta de defensa de la industria.

La Libertadora no era un mero gobierno de transición, pues estas políticas conducían a privar, a los futuros gobiernos constitucionales, de todo poder de decisión y orientación sobre la economía nacional. La banca extranjera, y no las autoridades públicas, gravitaba en la orientación del ahorro nacional, por haberse anulado el control del Banco Central sobre los fondos depositados en bancos particulares. Uno de los efectos más importantes era la declinación de la industria nacional, que había venido recuperándose desde 1953 -sobre todo la manufactura de bienes durables-, y la reducción del mercado interno. Igualmente el campo se había visto afectado. Se benefició a la agricultura con mejores precios, a costa de la liquidación de la existencia de vacunos. En todos los rubros, los efectos económicos eran negativos: más inflación y desocupación, derroche de divisas, menor producción, destrucción de vínculos bilaterales, demora en la realización de obras energéticas fundamentales, trabas al plan siderúrgico, aumento progresivo de la deuda externa, derrumbe de la Bolsa, paralización industrial, persecución de inversores extranjeros, reducción del valor de las exportaciones, déficit en los transportes, incremento de la emisión monetaria, reducción de la producción anual de petróleo.⁷

Quedaba claro que las medidas habían transferido ingresos del bolsillo de los empresarios y de los obreros industriales a la oligarquía terrateniente, sector que pretendía perpetuar la etapa primaria de producción de materias primas e imponer un plan antiindustrialista, característico de los países atrasados. Con la Libertadora se asistía al

⁷ Un balance de la política económica se encuentra en el N^o 147, 10/9/57. Perón, en *Los vendepatria*, reproduce varios artículos de *Qué*, en particular de este número, para responder al Informe Prebisch.

retorno de la antigua estructura agropecuaria y a los viejos políticos de la década del 30'. Los sectores populares se veían afectados por el encarecimiento del costo de vida, el congelamiento de salarios y la prórroga de convenios colectivos de trabajo, la desocupación, el aumento del costo de construcción, la liberalización de locaciones urbanas y arrendamientos rurales.

En la medida en que la revista solicitaba el llamado a elecciones y el respeto a la voluntad popular, el aspecto de la representatividad como origen del poder era otro signo que distinguía al régimen depuesto del gobierno actual (*Qué*, 26/2/57). La maniobra de provocación del gobierno, según la tesis de *Qué*, consistía en anunciar un recrudecimiento de los actos terroristas, para cercenar los pocos resquicios de libertades legales que le quedaban al pueblo. Si el peronismo, con un importante caudal popular, había sido repudiado por suprimir la libertad de expresión de las minorías opositoras, cómo no condenar aún más al Gobierno Provisional, que amparaba a las minorías oficialistas y prohibía la libertad de expresión a la inmensa mayoría popular (*Qué*, 4/6/57).

Los voceros de la revista veían en el plan político de la Libertadora (la convocatoria a Constituyente de 1957 y la aplicación del régimen proporcional), la expresión institucional de la reforma económica, propiciada por los influyentes círculos británicos, y la necesidad de darle permanencia. Conjuntamente, el Gobierno buscaba provocar la abstención de los sectores populares, dividir las fuerzas contrarias y unir a los partidos minoritarios en una combinación electoral oficialista (A La Revolución tiene dueños y herederos @, *Qué*, 21/5/57).

En suma, si las masas eran un conglomerado de resentidos y desesperados, como insistía el antiperonismo, ello se debía, más que por efecto del régimen depuesto, a la política de la Libertadora. Pues A El pueblo [que no apoyó a la Revolución de septiembre] estaba dispuesto a olvidar @ (*Qué*, 18/12/56). Sin embargo, a más de un año de la revolución, el rigor de la venganza crecía, y el estado de A guerra fría declarado contra la clase obrera @: sindicatos intervenidos, huelgas ilegales, gremios militarmente movilizados, fraude electoral en los comicios y obreros inhabilitados o presos por causas gremiales.

A pesar de ello, 1957 era un año de resurgimiento de la unidad de la clase obrera, y de repudio cada vez más explícito y masivo de este sector a la política gubernamental. Este hecho se demostraba en que los numerosos incidentes por sabotajes eran, más una fabricación del gobierno en vísperas electorales que un estado del movimiento obrero. En las zonas desarrolladas del país, los obreros estaban maduros políticamente y mostraban signos de conciencia nacional, pues condenaban como antipopulares y antinacionales, no sólo a los

delegados obreros vinculados al oficialismo, sino también a las consignas internacionalistas de los socialistas. Naturalmente, esta manera de concebir la conciencia nacional contenía la noción de solidaridad social y conciliación de clases.

En vísperas de las elecciones para la Constituyente, la revista sostuvo dos campañas. Por un lado, la concurrencia a votar. Por otro, el contenido positivo del voto, que debería ser por un candidato contrario al oficialismo continuista.

Había incertidumbre sobre la actitud que adoptarían los votantes peronistas. En la correspondencia de lectores, indignados peronistas querían conservar sus propios cuadros políticos, unidos ahora, según *Qué*, contra el silencio de los partidos frente a la proscripción peronista, el decreto 4161 y la masacre del 16 de junio de 1955.

El argumento esgrimido por el grupo integracionista frente al dilema, ¿votar contra el gobierno, o votar en blanco?, era la necesidad de unificar las fuerzas de la línea nacional contra la consolidación del gorilismo, expresado a mediados de 1957 en el Contralmirante Rojas⁸. Sobre esta visión debía fundarse el apoyo de los peronistas a Frondizi. En la polarización entre Rojas y Frondizi, el voto en blanco aparecía como un voto para Rojas. El Gobierno Provisional y el gorilismo operaban a favor del voto en blanco, para provocar un número considerable de votos inutilizables. La inusitada libertad, concedida bajo el estado de sitio, para la reivindicación de los mártires de junio de 1956, llamó la atención de Jauretche, quien vio en ello una maniobra del gorilismo para exacerbar el sentimiento partidario y estrechar las propias filas peronistas. Scalabrini Ortiz, proponiendo un voto de emergencia, decía: "Votaré por aquél que se comprometa a sostener la vigencia de la Constitución de 1949". Con igual orientación, Jauretche hablaba directamente a los militantes peronistas, quienes deberían anteponer lo nacional a lo partidario, y la defensa de la unidad en la doctrina nacional, como se hizo en 1945. Estos militantes, sector, minoritario y revanchista, equiparaban, como enemigos, tanto a la oligarquía como a los dirigentes políticos alineados en lo nacional, que circunstancialmente habían estado en contra del peronismo. También sostenía Jauretche que el peronismo se encontraba desarmado materialmente. Por ello tenía que utilizar las elecciones como único medio de lucha. Completando esta perspectiva, El

⁸ Frente a la normalización institucional, *Qué* describía tres orientaciones dentro del gobierno: los quedantistas, cuya cabeza era el Contralmirante Rojas; los continuistas, partidarios de un "juego limpio limitado" desplegado por el Presidente; y el verdadero juego limpio, sostenido por las Fuerzas Armadas, que propiciaba elecciones democráticas, sin herederos ni interdictos.

demagogo se dirigía también a este sector diciéndole que el voto en blanco, para constituirse como un arma victoriosa, debía ser el prelude a una sublevación, como varias veces lo utilizó Yrigoyen.⁹

El impacto de la derrota fue relativizado por *Qué*. La victoria del continuismo se explicaba porque el proceso había estado viciado por fraude, exclusiones en los padrones, monopolio de los medios de información, y representación de las minorías (‘El sufragio es el instrumento de la próxima victoria popular’, *Qué*, 6/8/57). Además, la UCRI había vencido en quince de las 23 circunscripciones. La revista sumaba los votos en blanco, que conquistaron la primera mayoría, los de los laboristas, conservadores populares, de la Unión Federal y los casi dos millones de votos frondizistas, para afirmar que era minoritaria la posición del oficialismo. El frondizismo representaba, según *Qué*, una fuerza de auténtico sentido nacional, aunque era un ‘eje circunstancial del gran movimiento nacional y popular’, capaz de derrotar a la oligarquía en los comicios de febrero de 1958. Había triunfado en los distritos en donde se había formado un frente de unidad. Los redactores sostenían la necesidad de presentar en las siguientes elecciones un frente nacional, claramente antagónico.

Jauretche coincidía en la estrategia política con *Qué*. El eje de la polémica continuaba siendo contra los peronistas votoblanquistas y una visión, sobre todo en los sectores de izquierda, de que el voto en blanco del 28 de julio había sido una manifestación de independencia de la clase obrera, y no un renunciamento al Frente de Liberación. El escritor hablaba a los peronistas sobre dos verdades aleccionadoras que había dejado el comicio: el enemigo era poderoso, y el movimiento había perdido votos. Por lo tanto, aconsejaba el frente nacional electoral como única posibilidad de triunfo futuro.

En el marco de una campaña de libertad de los presos peronistas, *Qué* se opuso al pedido de extradición de seis fugados de la cárcel de Río Gallegos, hecho por el gobierno argentino a Chile, aduciendo que ‘No se puede perseguir más allá de las fronteras nacionales a los autores de delitos políticos, ni de delitos comunes conexos con los políticos’ (*Qué*, 1/10/57). Por otro lado, las acusaciones eran inconsistentes, y tenían un carácter político y revanchista.

En febrero de 1958 se detallaban las adhesiones de los trabajadores peronistas al

⁹ Las opiniones de Jauretche, Scalabrini Ortiz y El demagogo en contra del voto en blanco, en ‘Escribe Arturo Jauretche’ (9/7/57), ‘Goles contra el Gobierno’ (23/7/57), ‘Votar en blanco es votar por la oligarquía’ (9/7/57), ‘Votar en blanco es darle el gusto al gobierno’ (16/7/57).

frente nacional y popular (62 Organizaciones, Comando Nacional y Junta Nacional de representantes de la Juventud Proscripta, obreros municipales, dirigentes portuarios). Todos ellos acataban la orden de Perón, de votar por cualquier partido aunque no fuera peronista. La revista reflexionaba sobre todo lo que perdieron los trabajadores: derecho de huelga y de asociación, de trabajar, de seguridad social, salario justo y digno, concluyendo que, por eso, votarían contra el continuismo (*Qué*, 18/2/58).

A modo de cierre

La revista *Qué* se constituye en el principal, aunque no único, constructor del movimiento nacional. Los breves tiempos de cautela y supuesta objetividad de la revista son reemplazados por un carácter combativo cuando el rumbo económico de la Libertadora se orienta más abiertamente al liberalismo.

Tempranamente, se distancia de los antiperonistas extremos y llama a la integración de los peronistas en un proyecto nacional y popular. Desde luego, los llama a un liderazgo nacional construido por fuera del movimiento y, además, separados del líder y de la resistencia. El pueblo peronista disponible, encuadrado en el proyecto integracionista, no exigiría la redistribución de la riqueza con la urgencia de los tiempos políticos.

El tono ideológico uniforme propugnado por Frigerio se formaliza, a fines de 1956 y en las cercanías electorales, tras la contradicción central oligarquía-pueblo, que orienta el conjunto de los artículos. De este modo, se diluyen las tensiones contenidas, en otros momentos, entre los principales colaboradores -Scalabrini Ortiz y Jauretche- y las notas editoriales: pueblo-intelectuales, capitales extranjeros-capitales nacionales, estado nacional-unidad latinoamericana.

Después de la Constituyente, la palabra de varios referentes, y finalmente de Perón -llamando al voto positivo- es invocada como un reaseguro para el triunfo electoral de Frondizi. La búsqueda de este resultado evidencia cierta convicción, por parte del sector frigerista, sobre la persistencia de las banderas peronistas en los sectores populares y del rol dirigente de Perón, aunque especula sobre el posible agotamiento del peronismo como fuerza política autónoma.

Bibliografía citada

Cavarozzi, Marcelo, *Autoritarismo y democracia (1955- 1983)*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

Del Carril, Bonifacio, *Problemas de la Revolución y la Democracia*, Buenos Aires, Emecé, 1956.

Díaz, Fanor, *Conversaciones con Rogelio Frigerio*, Buenos Aires, Hachette, 1977.

Martínez Estrada, Ezequiel,) *Qué es esto?*, Buenos Aires, Lautaro, 1956.

Perón, Juan D., *Los vendepatria. Las pruebas de una traición*, Buenos Aires, Liberación, 1958.

Reissig, Luis, *El fin de un ciclo histórico en Argentina*, Buenos Aires, SEPA, 1956.

Spinelli, María Estela, "El debate sobre el orden político durante los primeros gobiernos antiperonistas, 1955-1958", en *Anuario del IEHS* N° 16, Tandil, IEHS, 2001.

Revista *Qué sucedió en 7 días* (desde fines de 1955 hasta fines de 1957).